

REPRESENTACIONES SOCIALES E IDENTIDAD VIRIL: UN ESTUDIO TUCUMANO DE LAS PRÁCTICAS INSTITUYENTES DE MASCULINIDAD

María Gabriela Córdoba*

Fecha de recepción: agosto 2019

Fecha de aceptación: octubre 2019

Resumen

La masculinidad, lejos de ser una esencia, es una construcción sociocultural que aún se vincula con la autoridad, la razón y el poder, y persiste como un aspecto básico y transversal de la cultura, lo que impide su deconstrucción.

Con sus variantes regionales, la socialización de los varones en nuestro país se apoya en un modelo hegemónico de masculinidad, que exige el cumplimiento de ciertos mandatos a los varones, tales como ser personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, proveedoras, emocionalmente controladas y heterosexuales; y se relaciona, además, con la heterosexualidad normativizada, la hipervaloración del órgano genital masculino y la represión de deseos pasivos. En este escrito, presentaré un recorte de mi tesis doctoral, para mostrar las representaciones sociales que circulan sobre la masculinidad en el gran San Miguel de Tucumán, así como el peso que tienen los roles, los estereotipos y las expectativas viriles -propias de la región noroeste del país-, en la construcción de la identidad de género del varón. Me enfocaré en la construcción subjetiva, y en cómo los hombres la traducen en actitudes, creencias y prácticas que ponen en juego en su vida cotidiana.

Palabras claves: masculinidad- representaciones sociales- identidad de género- prácticas sociales.

Abstrac

Masculinity, far from being an essence, is a sociocultural construction that is still linked to authority, reason and power, and persists as a basic and transversal aspect of culture, which prevents its deconstruction.

With its regional variants, the socialization of men in our country is supported by a hegemonic model of masculinity, which requires the fulfillment of certain mandates to men, such as being important, active, autonomous, strong, powerful, rational, providing people, emotionally controlled and heterosexual; and it is also related to normalized

* Doctora en Humanidades (área psicología). Especialista en género y psicoanálisis (APBA- UK). Psicóloga (UNT). Docente de la cátedra de Sociología, Departamento de Filosofía, e Investigadora del Instituto de Historia y Pensamiento Argentino (IHPA), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

heterosexuality, hypervaluation of the male genital organ and repression of passive desires. In this paper, I will present a cut of my doctoral thesis, to show the social representations that circulate about masculinity in the great San Miguel de Tucumán, as well as the weight of the roles, stereotypes and virile expectations - own in the region northwest of the country-, in the construction of the gender identity of the male. I will focus on subjective construction, and how men translate it into attitudes, beliefs and practices that they put into play in their daily lives.

Keywords: masculinity- social representations- gender identity- social practices

Introducción



Los Estudios de Género nos muestran que construimos significaciones culturales a partir de la diferencia anatómica existente entre machos y hembras, que producen representaciones y prescripciones sociales para lo masculino y lo femenino, definiendo de este modo para cada uno características exclusivas y distintivas en lo moral, lo afectivo y lo psíquico, que suponen además una división del trabajo y del ejercicio del poder en lo social. Y es a través del discurso, la acción, los deseos, las expectativas y las fantasías, que, desde la infancia, se inscriben operaciones de diferenciación que tienden, en función de los signos sexuales exteriores, a estimular prácticas que se piensan adecuadas, a la vez que se impiden o dificultan los comportamientos considerados inadecuados para el desempeño del rol genérico.

Por lo tanto, la masculinidad, lejos de ser una esencia, es una construcción cultural que revela las formas en que el sistema sexo/género, -que vehiculiza las relaciones de poder entre hombres y mujeres-, se deriva en la manifestación de una masculinidad determinada, que aún se vincula a la autoridad, la razón y el poder, y persiste como un aspecto básico y transversal de la cultura, lo que impide la deconstrucción que todo fenómeno sociocultural requiere para su mejor comprensión.

Desde una dinámica cultural de tipo patriarcal, la masculinidad que se exalta es aquella que implica en el varón la autosuficiencia, la racionalidad, el éxito, el poder, el dominio sobre otros, la provisión de bienes materiales, el control de los sentimientos y la superioridad sobre la mujer. El patriarcado ha construido una imagen masculina caracterizada por una virilidad fuerte, inflexiblemente segura, exclusivamente racional, con la que la debilidad, el miedo, la sensibilidad emocional y la empatía no son

compatibles, pues todos estos rasgos son considerados implícitamente femeninos y, por lo tanto, degradantes.

Diferentes autores (Fuller, 1997; Viveros Vigoya, 1998 y 2003; Valdés y Olavarría, 1997 y 1998, entre otros) coinciden en que la versión latinoamericana de masculinidad hegemónica -que se ha construido culturalmente y que se reproduce socialmente-, exige el cumplimiento de ciertos mandatos a los varones, tales como ser personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, proveedoras, emocionalmente controladas y heterosexuales.

Con sus variantes regionales, la socialización de los varones en nuestro país se apoya en este modelo hegemónico, y se relaciona, además, con la heterosexualidad normativizada, la hipervaloración del órgano genital masculino y la represión de deseos pasivos, por influencia de la posición de control (Burin y Meler, 2009). Por lo tanto, sirve de referente incluso a las formas alternativas o marginales de socialización masculina, y es utilizado para discriminar y subordinar a las mujeres y a otros hombres que no se adaptan a éste, lo que termina produciendo desigualdades inscriptas en la estructura misma de la sociedad.

En este escrito, presentaré un recorte de mi tesis doctoral, donde investigué las representaciones sociales que circulan sobre la masculinidad en el gran San Miguel de Tucumán, así como el peso que tienen los roles, los estereotipos y las expectativas viriles -propias de la región noroeste del país-, en la construcción de la identidad de género del varón. Me enfocaré en la construcción subjetiva, y en cómo los hombres la traducen en actitudes, creencias y prácticas, tal como veremos en los siguientes apartados.

Cómo debe ser un varón tucumano

A la masculinidad se le adjudica su lugar a partir de representaciones sociales que imponen rutas posibles y desechan, prohíben y sancionan otras, en una íntima relación con el contexto, por lo que es necesario situarla dentro de los procesos políticos, económicos y sociales, teniendo también en cuenta las trayectorias históricas que la han instituido. Y en este sentido, el sistema sexo-género tucumano insiste en su carácter polarizado y jerárquico, por lo que fomenta una identidad viril asentada en la diferencia y en la superioridad sobre las mujeres, a la vez que exige una rígida concordancia entre el sexo biológico y la identidad viril propuesta. Entonces, para 'ser hombre' en San Miguel de Tucumán, las representaciones sociales hegemónicas prescriben que hay que ser *trabajador/proveedor, protector, fuerte, dominante, pensarse independiente* en

sus tiempos, sentirse *autosuficiente*, ser heterosexualmente activo y buscar reconocimiento, lo que no deja tanta libertad a los varones, que moldean su masculinidad de acuerdo con estos parámetros valorativos. Y aunque alcanzar los emblemas de la masculinidad hegemónica les supone atravesar un camino que puede ser difícil, tortuoso, e incluso traumático, como esta posición social les ofrece también una serie de privilegios, muy pocos hombres se resisten a ella. Sólo si cumplen con esos mandatos, los varones de la zona se auto reconocen como adecuados y valiosos ante sí y ante otros. Es necesario destacar que con estas representaciones se hace referencia a la masculinidad como meta social a ser alcanzada, y no como algo que está dado ni necesariamente sea logrado por todos los varones tucumanos.

Ahora bien, las representaciones hegemónicas de virilidad son incorporadas por los varones de la zona como internalización en el cuerpo de gestos, posturas, maneras de sentir y pensar asociadas a lo masculino, a la vez que éstos las externalizan en prácticas, basándose en ese corpus de ideas y valores. De este modo, en los varones se constituye un estilo caracterológico compatible con la autosuficiencia, la heterosexualidad, la actividad compulsiva y con un posicionamiento afectivamente distante y asimétrico, que se juegan en prácticas sociales que repudian la femineidad y rechazan la dependencia, valiéndose incluso de comportamientos temerarios, homofóbicos y, en ocasiones, misóginos.

En esta ciudad, los varones sufren una “ortopedia” corporal y comportamental especialmente densa en lo referente al control de la afectividad y de las emociones, se trata de una exigencia al cuerpo viril de cierta rigidez y contención en sus movimientos y expresiones, lo que implica para estos la demostración pública de hombría, de fuerza, y sin dejar ver los afectos, pues el guión de masculinidad les recuerda que siempre deben ser valientes, que no deben llorar, y hay ojos vigilantes que los retrotraen de modo constante a esta lógica, volviéndola, a medida que el varón crece, cada vez más severa, lo que tiene como consecuencia un empobrecimiento subjetivo. En este contexto, si un varón sufre, duda, se angustia, no puede y no sabe, el costo es alto: la posibilidad de sentir que su masculinidad claudica.

Pero, aunque a estos varones se les impone un estricto control de las emociones, paradójicamente se promueve en ellos la expresión de su hostilidad, ira o enojo, que implica la descarga de la pulsión hostil como afecto que, aunque alivia de modo inmediato al varón, en definitiva, no resuelve los conflictos (Burin, 1987). La socialización fomenta la agresividad en los varones, mas no en las niñas. Esto supone que hay una categorización de emociones que se asumen como “masculinas” y otras que son

consideradas “femeninas”. Las mujeres pueden llorar, el varón que se precie de tal debe aguantarse, pues el mandato de autosuficiencia viril supone una ceguera y una sordera ante los propios sentimientos. Los varones se sienten muy exigidos en este sentido, ya que cualquier ‘desborde’ de afectos significaría ser tratado por otros varones como “puto o maricón”, lo que deja a la luz el pánico que les produce el asociar la demostración afectiva con una posible feminización.

La homofobia aparece como una de las amenazas más efectivas para la incorporación de la masculinidad hegemónica. Las mujeres o los homosexuales afeminados -que son depositarios de la corriente homosexual pasiva escindida de los varones- son menospreciados como defensa ante el temor de una posible reintroyección (Meler, 2010). Cualquier acción, comportamiento, expresión o incluso pensamiento que pueda ser asociado con la femineidad corre el riesgo de ser leído como expresión de una homosexualidad pasiva que deja al varón en un lugar abyecto, por lo que las continuas demostraciones de su hombría ante los demás, constituyen una defensa. El miedo y la culpa vigilan el correcto funcionamiento de la masculinidad desde el interior del sujeto, con un poder más efectivo que el del disciplinamiento social, pues la posición asumida por los varones en el sistema sexo/género heterosexual requiere para su reproducción una constante afirmación de las fronteras establecidas con mujeres y con las sexualidades disidentes.

La masculinidad está centrada en el modelo del héroe. Por esta causa, la autoestima masculina de los tucumanos se asienta en una legitimación viril frente a los pares, mediante las historias para contar “a los vagos”, donde el varón es protagonista de hechos heroicos, donde se expone a riesgos, donde hace “negocios redondos”, donde se “levanta” mujeres y donde “les explica a ellas cómo son las cosas”, pues su saber y su autoridad en tanto hombre se lo permite, y eso debe quedar muy claro frente a la fratría.

La capacidad de liderazgo es valorada socialmente, pues demuestra seguridad y se asocia a autoridad efectiva, incluso sobre otros hombres. Para los varones, convertirse en una persona con un rol protagónico dentro de los grupos a los que se pertenece es un capital social muy anhelado. El “grupo juramentado” (Amorós, 2005) de varones se conforma alrededor de un ámbito (trabajo, escuela, facultad) o interés en común, generalmente algún deporte (fútbol, rugby, enduro principalmente). En esos “espacios de hombres” la validación de los pares es muy importante, ya que allí la identidad masculina se reafirma mediante la aceptación por parte de los otros, en el “reino de la virilidad”. Esto puede leerse como la presencia de una homosocialidad en los varones

tucumanos, entendiendo por tal al deseo de validación masculina por parte de otros hombres reconocidamente heterosexuales y de la misma condición social del sujeto (Donoso y Matus, 2000, Meler, 2009), que les permite a éstos sentirse reconocidos. Frente a la fratría presumen de su autonomía emocional ante las mujeres, para dejar en claro que la dependencia no aparece en su caso, y que el peligro de la fusión tan temida con la madre y con la femineidad ha quedado superado. Al aceptar este repudio de la femineidad como algo común a la masculinidad, se lo normativiza en todas las instituciones, naturalizándolo, en lugar de considerar que se trata de un modo malogrado de diferenciación que lleva al varón a establecer su identidad escindiendo el entonamiento emocional y la empatía, rasgos que, como culturalmente han sido vinculados con la femineidad, pareciera que por ello hay que desecharlos. Los mandatos prescriptos deben ser cumplidos para poder ser considerados y, a la vez, para poder nombrarse como varones.

Se puede inferir de lo antes dicho que los procesos de diferenciación, exclusión y negación -propios del método tradicional de masculinización hegemónica-, continúan vigentes en el proceso de construcción identitaria de los varones tucumanos. Las prescripciones del imperativo genérico se buscan consumir sin crítica alguna, en tanto se considera que es lo que se debe cumplir para ser confirmado como virilmente capaz.

Las prácticas instituyentes de la masculinidad y el riesgo

Los agentes y las instituciones sociales ejercen prácticas instituyentes de la masculinidad para garantizar que los cuerpos machos cumplan con todo lo que las representaciones hegemónicas esperan de ellos. Que el niño no llore cuando se cae, que se lo agravie diciéndole maricón o pollerudo, que el varón tenga *“la obligación de ser fuerte”* o que *“no pueda hacer cosas (como mostrar afecto abiertamente), porque no son de hombre”*, muestran cómo la masculinidad se instituye en el psiquismo mediante prácticas como el castigo y la injuria, que, poco a poco, operan para incorporar los mandatos hegemónicos viriles en los varones. De este modo, las estructuras objetivas se hacen cuerpo en el varón, mediante el habitus que genera la percepción de lo necesario y lo posible, lo pensable y lo discutible.

Cuando los varones adoptan las conductas y los comportamientos que se suponen esenciales, adecuados o “normales” para su género, y cuando incorporan nociones relativas a las funciones y usos legítimos de sus cuerpos, están produciendo y reproduciendo representaciones dominantes de lo que debe ser un hombre. El ejercicio del poder y de la dominación, al igual que la competencia y el control, son pruebas de verdadera masculinidad. A los varones se les enseña que supriman sus emociones, que

no pidan ayuda o que no se apoyen en otros, pues eso los vuelve débiles, vulnerables e incompetentes, y también les enseñan que, si los atacan, deben devolverlo, porque si un varón no manda, se vuelve un sumiso, un 'gobernado'.

La lógica del todo o nada domina en la masculinidad, y todos estos mandatos acerca de cómo ser un verdadero hombre se ponen en juego en las prácticas sociales que los varones llevan adelante en su vida cotidiana, que los coloca en una posición tanto de riesgo para otros como para sí mismos (De Keijzer, 1998), a causa de sus hábitos de vida poco saludables y sus acciones, que no contribuyen a la convivencia, a la salud, ni a la vida.

La *masculinidad como factor de riesgo*, es un concepto acuñado por Benno de Keijzer (1997, 1998), que muestra las diversas formas de daño del varón, al menos en tres sentidos: hacia la mujer y las niñas y niños; entre hombres y respecto del hombre mismo.

En cuanto al *riesgo hacia mujeres, niños y niñas*, se hace referencia a los diversos tipos de violencia y abuso, donde los varones son los agresores en una proporción creciente, pues cuando los hombres sienten su masculinidad cuestionada, apelan a la violencia como mecanismo para "re-establecer" las relaciones de género que ellos consideran 'normales', es decir, las asimétricas, donde ellos ocupan la cúspide. De Keijzer (1998) agrega que los hombres han sido socializados cosificando a la mujer, lo que convierte a la sexualidad en un campo de ejercicio de poder y de afirmación de una masculinidad basada en la potencia y el volumen de los genitales. Esto, aparte de acarrear relaciones sexuales poco placenteras en muchas parejas, contribuye a la problemática del abuso, del hostigamiento sexual y de la violación. La fecundidad impuesta y la falta de participación masculina en la anticoncepción constituyen otra arista de esta problemática. En los análisis de los programas de planificación familiar ha aparecido el varón/esposo como el principal obstáculo para el uso de anticonceptivos por parte de las mujeres que desean limitar su número de hijos (Córdoba, 2008), por lo que en ocasiones aparecen embarazos que no son planificados y se recurre a abortos en la clandestinidad. A ello se suma la negativa del varón de usar preservativo.

Respecto al *riesgo hacia otros hombres*, De Keijzer (1997) considera que la masculinidad hegemónica afecta profundamente las relaciones entre hombres en todas las edades y sectores. En la familia, en el trabajo, en la escuela y en otras redes sociales, las relaciones de poder entre hombres transcurren entre la burla, la amistad, la presión y la violencia. La temeridad -desarrollada, probada y demostrada colectivamente entre hombres- se constituye como una característica de lo masculino desde antes de la adolescencia, lo que da lugar a accidentes, lesiones infligidas entre hombres y muertes

violentas. La violencia y la confrontación aparecen como recursos válidos para resolver conflictos, lo que da lugar a enfrentamientos entre hombres, donde cada uno puede ser violento y violentado, en grescas que suelen realizarse apelando a una 'causa': la defensa del territorio, del club de fútbol, o de algunas ideas, entre otras.

Cuando De Keijzer habla de *riesgo para sí mismo* en los varones, cuenta cómo la búsqueda de prestigio y de valoración por parte de los pares da lugar a que los varones tengan comportamientos temerarios, donde, sin medir los riesgos -porque se creen invulnerables o porque se obnubilan por el miedo y el deseo-, terminan lastimados. Riesgo e imprudencia como condimentos de los excesos al volante, en el consumo de alcohol y de drogas y en las competencias de destreza física, acompañados de la frase '*¡a mí no me va a pasar nada!*'. Autocuidarse es entendido como un sinónimo de feminizarse, y en su afán de diferenciación, el varón no lo hace, asumiendo riesgos para su salud por la casi total ausencia de medidas preventivas, tanto médicas como las que tienen que ver con el estilo de vida. Las estadísticas de las últimas décadas presentan una sobre-mortalidad masculina importante y creciente, asociada a problemas cardíacos, a ciertos tipos de cáncer (pulmón y próstata) y, sobre todo, debida a muertes violentas: homicidios, accidentes y suicidio. Mención aparte merecen las adicciones, en especial el alcoholismo. Asimismo, los varones llegan a los servicios de salud cuando ya no dan más, con cuadros avanzados que complejizan tanto su atención como un buen pronóstico, pues tienen inhibida la capacidad de registro de los malestares.

Todos estos riesgos se relacionan con una percepción y un procesamiento particular en relación con la salud que los hombres presentan, a causa de una socialización de género que promueve el ser fuertes, el aguantar, el valerse por sí mismos, no pedir ayuda, tener el control, y usar el cuerpo como una herramienta. Todo ello es naturalizado como lo propio del hombre, lo que, por un lado, invisibiliza sus necesidades; y por otro, no permite pensar -ni cuestionar- a la masculinidad hegemónica como problemática. En el caso de los varones tucumanos, los emblemas de la virilidad hegemónica tienen un costo elevado para su salud, donde la alta tasa de muertes masculinas producidas por accidentes o como resultado de grescas, deriva de la competencia temeraria. Estos varones, en su búsqueda de valoración por parte de los pares, cometen excesos al manejar y al consumir -alcohol, principalmente-, pues están interiormente convencidos de que no les va a pasar nada. Así, se miden constantemente: con cuántas mujeres estuvieron, con cuántos se han confrontado, con cuántos se pelean, a cuántos les ganan en deportes, en su vehículo, y en su cama.

Un informe realizado por la Agencia Nacional de Seguridad Vial en 2017 reveló que Tucumán se ubica cuarta en el ranking nacional de accidentes viales, y es una de las provincias donde los niveles de desprotección son más críticos: siete de cada diez motociclistas no utilizan casco y la mitad de los conductores no utiliza el cinturón de seguridad¹. El estudio añade que la mayoría de los motociclistas son varones de entre 18 y 35 años, y ocho de cada diez conductores son hombres. Esto coincide con los datos del Ministerio de Salud Pública de la Provincia, que detalla que, en el mismo periodo, los accidentes en San Miguel de Tucumán fueron protagonizados en mayor medida por hombres, y casi un 70% fueron menores de 40 años, con una frecuencia importante en la franja de 20 a 29 años (30%). También las estadísticas del Ministerio de Salud Nacional (2016) confirman que la mayoría de los decesos de varones tucumanos de entre 25 y 45 años se produjeron por causas externas, es decir, accidentes de tráfico de vehículo de motor, otros accidentes de transporte, y traumatismos accidentales por agresiones.

La violencia y la confrontación son moneda corriente en las relaciones entre hombres tucumanos, y considerados recursos válidos para resolver conflictos, tal como lo propone el modelo hegemónico de masculinidad tradicional. La obligación que muchos varones mencionan acerca de “*no quedar como tontos*”, debido al temor a ser marginados por no ser “*realmente hombres*”, muestra cómo la masculinidad está constantemente amenazada con ser depuesta. Los varones de este estudio viven los comentarios descalificativos acerca de su comportamiento como una enorme herida narcisista. Considero que el apelar a palabras como ‘mujercita’, ‘puto’, ‘maricón’, ‘pollerudo’, ‘gobernado’, entre otras, son recursos discursivos que se emplean para que los varones se mantengan dentro de ciertos límites en su identidad de género, es decir, dentro de lo esperado por la armazón social y subjetiva que las representaciones sociales constituyen para la masculinidad. El pánico a la femineidad es un excelente disuasivo para estos varones que desean encajar en una imagen ideal de virilidad.

Los varones del presente estudio sostienen que el cuidarse o el cuidar a otros es un rol netamente femenino pues han sido educados para ser fuertes, para aguantar, para no pedir ayuda. Enfermar es equivalente, en su fantasía, con ser débil, lo que se constituye en la puerta de entrada a la tan temida vulnerabilidad, a causa de la depositación colectiva de omnipotencia que, históricamente, se hizo sobre los varones (Meler, 2009). De igual manera, a la hora de trabajar, hay una reticencia masculina a protegerse y a cuidarse, porque eso “*no es de hombres*”, lo que incrementa la

¹Los datos corresponden a un informe presentado por la ANSV y el Ministerio de Transporte de la Nación en el marco del Día Nacional de la Seguridad Vial en junio de 2017.

producción de accidentes laborales y la falta de registro del desgaste psicofísico. La enfermedad sólo es tomada en cuenta cuando impide el desempeño laboral, lo que muestra cómo los varones tienen inhibida la percepción de los primeros síntomas de su malestar (Tajer, 2004), retrasando la visita al médico, pues a ellos *“nunca les pasa nada”*.

La heterosexualidad activa es compulsiva, no reflexiva, y en el apuro *“por ir directo a los bifés”*, los varones no emplean medidas preventivas. Si lo sexual para estos varones es espontáneo, (*“se da y punto”*), explosivo y apasionado, suponen que una actitud cuidadosa y preventiva no es masculina, lo que los exime de la responsabilidad reproductiva, que es depositada en las mujeres, por lo que esta desaprensión resulta naturalizada. Para la masculinidad hegemónica, hablar de ‘sexo seguro’ es sinónimo de proponer a los varones que dejen de tener sexo como tales (Kimmel, 2003).

Si socialmente la práctica sexual aparece como una obligación que debe cumplirse, privilegiando la penetración por encima de cualquier otra experiencia, y si los varones no practican sexo seguro, es claro que quedan expuestos a riesgos y a patologías de transmisión sexual. Si sufren de algún cuadro o patología de transmisión sexual, los varones de esta investigación reconocen que no saben a qué profesional consultar, por lo que terminan realizando consultas informales (a conocidos, a algún familiar que le pasó lo mismo, a algún familiar que es médico o bioquímico) o recabando información de internet, en lugar de consultar al profesional pertinente. Los hombres consideran que los servicios de salud son para ancianos, mujeres, niños, o enfermos; y por la noción de invulnerabilidad que los caracteriza, consideran que no caen en ninguna de esas categorías, por lo tanto, los viven como ajenos y no se acercan a ellos (Córdoba, 2006).

Las representaciones sociales han marcado al cuerpo del varón como un instrumento o una herramienta útil para desempeñar los emblemas masculinos de provisión/trabajo o de sexo/descarga, y por ello el cuerpo viril es exigido de forma desmedida, *‘hasta que el cuerpo aguante’*. A los varones les han enseñado a vivir y a usar el cuerpo como una máquina: a encenderla, a presumir de ella, a correrla a toda velocidad, por el prestigio que esto otorga. Pero no les han enseñado a cuidarla y a detenerse cuando resulta necesario. Los problemas de salud masculina donde el género determina, influye o interviene, siguen ampliándose.

Hegemonía y desigualdad y sus efectos en la masculinidad

Los modelos tradicionales de socialización genérica suponen que el papel de las mujeres es el de subordinación y cuidado del otro, por sobre la satisfacción de sus propias necesidades e intereses. De los varones se espera dominación e independencia, con una disposición mucho menor a la renuncia total, al sacrificio personal y a la entrega. En este marco, los varones se definirían como “ser-para-sí” (Lagarde, 2000), donde el mostrar afecto hacia otros está prescripto. De este modo, los efectos de la socialización diferencial en el contexto de una sociedad patriarcal, ha dado lugar a que varones y mujeres entiendan por amor y por amar, cosas diferentes.

La sociedad androcéntrica se ha apoyado en el amor romántico, que está fuertemente sustentado por una serie de mitos -compartidos culturalmente y transmitidos por los diversos canales de socialización-, que privilegian un determinado modelo de relación. Se suponía que el amor romántico -como el romance en una novela-, implicaba frecuentemente amor a primera vista, y era un amor de camaradería, y de compromiso mutuo para siempre (Giddens, 2004). Pero, a causa de la división de esferas -lo masculino y lo femenino- era la mujer la encargada de fomentarlo en el hogar, en el ámbito de lo privado, alejado de las compulsiones erótico- sensuales, de la lujuria y de la sexualidad terrenal, con la virtud por sobre todas las cosas.

Para los hombres, el amor romántico tiene mucho que ver con ser el héroe y el conquistador, el que logra alcanzar imposibles, seducir, quebrar las normas y las resistencias, es el que protege, salva, domina y recibe. Por tanto, se esperará de ellas que den, que ofrezcan su vida al amor -y que encuentren al amor de su vida-, serán para otro (su héroe y salvador), al que se entregarán, obedientes y sumisas.

Desde el feminismo, diversas autoras (Jonásdóttir, 1993; Lagarde, 1999), muestran cómo la concepción patriarcal del amor se asienta en la heterosexualidad - avalada como la única forma posible de relación afectivo-sexual-, y en las desigualdades de género, con un papel pasivo y de subordinación de las mujeres a los varones, lo que se vuelve notorio en la sacralización de la pareja y el matrimonio, y en el reforzamiento del papel de cuidadora adjudicado a las mujeres.

A pesar de los cambios sociales acaecidos en los últimos decenios, la socialización de las mujeres se sigue valiendo del amor y de su consecución como eje vertebral y parte prioritaria de su proyecto vital, mientras que, para los varones, la trayectoria social se ve signada por el reconocimiento por parte de otros varones más que por el vínculo de pareja, que pasa a un segundo plano. Asimismo, la ausencia de presiones sociales

en los varones para conformar pareja y la existencia de una prerrogativa patriarcal que les permite emparejar con mujeres más jóvenes los lleva a que no elijan involucrarse en relaciones de pareja estables, que implicarían sacrificar la posibilidad de encontrarse sexualmente con otras mujeres (Meler, 2017).

En el amor romántico se valora la dependencia femenina, lo que supone una desigualdad de poder entre los géneros, la cual se manifiesta de modo más descarnado en la pareja. Esto es así porque la cultura ha legitimado la creencia en la supremacía del varón (Bourdieu, 2000), que, naturalizada, permanece arraigada como idea y como práctica. Si bien no todas las personas se adscriben igualmente a su posición de género, y aunque desde lo social el discurso de la superioridad masculina está en entredicho, el poder configurador de la masculinidad tradicional sigue siendo enorme.

La violencia masculina es la consecuencia lógica del privilegio colectivo de los varones (Godenzi, 2000), pues la hegemonía masculina permite, avala y legitima el ejercicio del poder y de la fuerza sobre grupos e individuos que se encuentren sometidos para continuar dominando. Como modo de instituir una forma de control, los varones se valen de la violencia, y lo hacen de modo abierto o encubierto, pues en la medida en que ésta sea reprobada socialmente, se tratará de ocultar (Córdoba, 2015).

El modo encubierto da cuenta de la estrategia de poder que se juega en todo vínculo, que suele ser invisibilizada, lo que da lugar a la creencia de que en las parejas, por ejemplo, se desarrollan prácticas recíprocamente igualitarias, cuando en realidad los varones desarrollan un amplio abanico de maniobras interpersonales con las que intentan imponer, sin consensuar, su punto de vista, tanto para intentar mantener el dominio y su supuesta superioridad sobre una mujer, como para reafirmar o recuperar ese dominio ante aquella que se "rebela". Bonino Méndez (2004) llama "micromachismos" a estas prácticas de dominación masculina en la vida cotidiana, por entender que son del orden de lo casi imperceptible, y que se encuentran en los límites de la evidencia. El orden social, que otorga al varón la razón, coloca a la mujer en el lugar de la duda; por principio, o exagera, o está loca. De este modo, el dominio masculino se sostiene, y la mujer pierde autonomía de opinión y de decisión. Este autor ha desarrollado una clasificación en tres categorías: los micromachismos coercitivos (o directos), los encubiertos (de control oculto o indirectos) y los de crisis.

En los "coercitivos", el varón usa la fuerza moral, psíquica o económica para intentar doblegar y hacer sentir a la mujer sin la razón de su parte. Asimismo, hay maniobras de explotación emocional cuando el varón se aprovecha de la dependencia afectiva de la

mujer y de su necesidad de aprobación para promover en ella dudas sobre sí misma, sentimientos negativos y, por ende, mayor dependencia.

En los micromachismos "encubiertos", el varón oculta su objetivo de dominio. Sutilmente, y mediante maniobras que pasan desapercibidas, impide el pensamiento y la acción eficaz de la mujer, llevándola a hacer lo que no quiere y conduciéndola en la dirección por él elegida. Por no ser evidentes, no se perciben en el momento, pero se sienten sus efectos, por lo que conducen habitualmente a una reacción tardía de la mujer, caracterizada por mal humor, frialdad o estallidos de rabia, que el varón considera como "sin motivo". Atentan eficazmente contra la simetría de la relación, y se manifiestan, por ejemplo, cuando hay un abuso de la capacidad femenina de cuidado, al delegar en la mujer la carga doméstica y la crianza de los hijos.

En cuanto a los micromachismos de "crisis", aparecen en momentos de intenso desequilibrio de poder en las relaciones, tales como aumento del poder de la mujer por cambios en su vida o pérdida del poder del varón por razones físicas o laborales. El varón, al sentirse perjudicado, puede utilizar específicamente estas maniobras, y aumenta su cantidad o su intensidad con el fin de restablecer el statu quo.

Los micromachismos generan un alto monto de sufrimiento, relaciones defensivo-agresivas y desbalances de poder, que se oponen a la plena potenciación de las personas. Por ese motivo es necesario develarlos, porque se constituyen como puerta de entrada a la violencia o como complemento de otros tipos de abuso.

Hablemos ahora sobre los varones que ejercen violencia abiertamente. Estos creen en la superioridad del hombre sobre la mujer, y ven como "peligroso" que ella tenga autonomía y tome sus propias decisiones, pues les interesa seguir dominándolas. ¿Por qué? Porque para muchos varones, posicionarse de modo dominante tiene la función de reforzar la identificación tradicional a su género, potenciando así su autoestima y reafirmando su hombría. Esto significa que, frente a las mujeres, sienten que hay sólo dos lugares posibles: dominante o subordinado, lo que produce un estilo vincular confrontativo e inestable, el cual se convierte en el terreno fértil para que se instalen vínculos violentos.

Es habitual que los varones agresores sigan el mismo libreto: al principio, vínculo empático, bondad y seducción, seguido de la creación de un espacio de supuesto completamiento amoroso que culmina en dependencia y fusión patológica, para finalizar con ataques ante cualquier intento de separación y/o rebelión. Estos hombres se presentan como sumamente atentos, son los que vienen a salvarla de los innumerables

abandonos por ella vividos, pero, poco a poco controlan, lo que disfrazan discursivamente como un profundo amor y deseo hacia ella, por lo que siempre quieren estar cerca, pues “no toleran extrañarlas tanto”. Alejan a otras personas, diciendo que los comentarios malintencionados sobre la pareja son para separarlos, por “la envidia que genera el intenso amor que los une”, mientras en paralelo toman el control con estrategias de sometimiento y sujeción. Crean así en las mujeres un estado de fragilidad psíquica e indefensión que les asegura mantener el poder. Por lo tanto, la mujer que sufre violencia por parte de un hombre que comenzó seduciéndola, y que luego mostró su lado monstruoso, padece un arrasamiento de *los índices del juicio de realidad*. Esto genera en ella un *debilitamiento yoico*, a causa de que el varón agresor desestima sus comentarios, busca confundirla continuamente, a la vez que la aísla socialmente, con lo que la deja presa de una vivencia amenazante con efecto arrasador. Y si sumamos a esto el hecho de que los varones violentos se mueven por “factor sorpresa”, es decir, atacan cuando menos se lo espera, nos encontramos con que estas mujeres viven en estado de alerta y se desestabilizan, pues no pueden anticiparse, no tienen forma de saber cuándo les van a pegar y cuando no. Una mujer violentada sufre angustia, luego disociación, parálisis y anestesia como mecanismos de supervivencia de la víctima ante la repetición de los episodios de violencia, que cada vez son peores.

Aquí quiero puntualizar algo. Se dice, desde Freud (1924) hasta un sector académico contemporáneo, que la mujer que padece violencia por parte de su pareja buscaría, de manera inconsciente, un cierto monto de placer en el dolor y el sufrimiento que el otro le ocasiona, por el masoquismo femenino. No acuerdo en lo absoluto con esta idea, y considero fundamental el concepto que propone Irene Meler (2013) de “*erogeneidad de subordinación*”, para dar cuenta del recurso psíquico que se emplea como modo de soportar una situación de opresión intensamente dolorosa, de la cual es muy difícil sustraerse. Aunque este mecanismo recurre a una “defensa masoquista”, -la cual involucra la asociación intrapsíquica de una situación insoportable y traumática, con la excitación libidinal proveniente de “otra escena” intensa y atractiva (experimentada realmente en algún momento de la pareja o fantaseada)-, su fin no es experimentar placer en el dolor, sino, por el contrario, lo que hace es ayudar a la mujer a sobrevivir psíquicamente de la repetitiva violencia de su pareja, salvándola de la “locura o de la muerte”.

Y ahora, volviendo a los varones, están convencidos de que el control, el dominio y la imposición masculina es lo correcto, con la contraparte de la sumisión femenina. Entonces, los varones agresores consideran que, si su pareja desafía su autoridad o los contradice, tienen derecho a imponerle un correctivo, pues ella es parte de sus

posiciones, es una subordinada. Así, mediante presiones psíquicas, físicas o ambas, estos varones pretenden imponer su autoridad, una relación sexual no consensuada y el acceso de la mujer al dinero, valiéndose de la coacción o de la intimidación, ante una mujer cosificada, pues estos creen que no hay masculinidad sin dominio. El violento, entonces, necesita ser reconocido como amo, y que la mujer sea su objeto.

En tanto estos hombres conciben a la mujer como un objeto que no tiene capacidad pensante y de decisión, asumen que tiene que ser constantemente observada y dirigida. Y aquí cobran enorme importancia los celos masculinos, que funcionan como prevención de supuestos engaños amorosos, y llevan a un control absoluto y demencial sobre sus parejas. Su furia se desata ante la sensación de que algo les va a ser arrebatado, y castigan entonces a ese objeto que con su deseo de autonomía lo amenaza. El hecho de que las mujeres aspiren a subjetivarse como sujetos capaces de discernir sus deseos e intereses, y actuar en consecuencia, es vivido como peligroso por estos varones, en tanto atenta a su identidad viril, pues los ideales sostenedores de esta identidad se gestan sobre la diferenciación: ser hombre es ser más, y es algo muy diferente a ser mujer. La violencia que se desencadena, entonces, es para volver a poner la balanza desigual, necesitan mostrar que son más que ellas, aunque sea a los golpes, y así lograr imponerse nuevamente.

La mayoría de los hombres que atacan o acosan a las mujeres no piensan que son desquiciados, muy por el contrario, en general sienten que están completamente justificados, que están ejerciendo un derecho, autorizados por una ideología de supremacía. La violencia ejercida por el hombre que golpea, insulta, humilla o asesina a su pareja al percibir como ésta escapa a su control, y la violencia ejercida por colectivos de hombres sobre el conjunto de las mujeres son recursos para que, mediante el terror, sigamos sometidas y se nos impida llevar a cabo nuestras legítimas aspiraciones de autonomía personal y libertad de elección. Los varones que se involucran en actos violentos contra 'sus mujeres' consideran que defienden los derechos masculinos y las ponen *"en el lugar que les corresponde"*. Parecieran apelar a una estrategia de exclusión, que supone que un varón puede sentirse más hombre si asegura que la balanza permanece desigual y sólo él se encuentra arriba, detentando dominio y poder.

La violencia surge de la desigualdad y ésta, a su vez, la sostiene. Desde mi punto de vista, la violencia contra las mujeres ha sido, y es, un recurso de control y un ejercicio de poder por parte de los varones, que se produce en el contexto de un sistema social patriarcal, que supone una asimetría entre los géneros, con el varón posicionado en el

lugar jerárquico, y la mujer en el lugar naturalizado de la subordinación y la obediencia, lo que facilita el despliegue de actos violentos contra ellas. El patriarcado incluye una lógica hegemónica masculina tan profundamente arraigada en la sociedad, que no requiere justificación, se impone como algo obvio, y tiende a equiparar lo diferente con lo periférico, lo subalterno, a lo que se puede dominar. Y aunque hoy el discurso patriarcal es objeto de una profunda crítica social y de un manifiesto rechazo por parte de la opinión pública, su ideología se ha perpetuado, enmascarada en la adopción de un discurso políticamente correcto. Es en este sentido que considero que, para que se asiente la violencia en los vínculos, hay un entramado social que así lo habilita, por lo que resulta necesario revisar el peso de los roles y las expectativas de género en un sistema de creencias binario, desigual y sexista.

Los participantes de esta investigación presentan una relación vincular modelada al estilo masculino hegemónico: confrontadora, inestable, y donde las posiciones amo-esclavo parecieran ser las únicas existentes. Por ello, hay una tendencia en los varones a sentir que frente a las mujeres hay sólo dos lugares posibles: dominante o subordinado, lo que los lleva a interpretar cualquier avance de la mujer como un intento de dominación femenina y una posibilidad de derrota masculina, que los posicionaría como feminizados o “gobernados”. De lo anterior se desprende que, en los espacios privados, la forma de organización patriarcal del poder -hecha carne en la subjetividad individual-, se pone en juego en los comportamientos cotidianos de un modo predominante. Sin embargo, creo importante destacar que la forma en que se elabora y se ejerce el poder en las relaciones actuales de género responde más a la lógica de la hegemonía de Gramsci², que supone que en una relación el ejercicio del poder no se produce sólo a través de la violencia o de su posibilidad, sino que se vale del consenso que genera el poderío de ciertas representaciones sociales de la realidad sobre la mayoría de la población. Esto no quiere decir que no se ejerzan formas de violencias para lograr la dominación masculina, sino que lo discursivo ha logrado producir un nivel de consenso de la asimetría entre hombres y mujeres -de la dominación masculina, diría Bourdieu -, sin importar las desventajas, opresiones, renunciadas y pérdidas que les implique a una u otro la legitimación y la defensa de esa lógica.

² Gramsci (1975) sostenía que, en determinados sistemas, las formas de opresión no se logran necesariamente mediante la dominación, sino gracias al hecho de hacer partícipe a la sociedad civil, como modo de producir una sensación de consenso que convierte a los mismos oprimidos en defensores de un orden del cual se sienten parte.

La masculinidad en tiempos feministas

Actualmente lo sociocultural está marcado por la incertidumbre y por acelerados cambios, fomentados desde los movimientos Feministas y LGTTBIQ+, que enfrentan a las subjetividades a un trabajo de construcción de estrategias para resolver las problemáticas vitales y las que imponen los vínculos con los otros, y muestran cómo las certezas preestablecidas que brindaba la tradición pierden peso frente a lo nuevo, lo que deja a los varones estupefactos. Las normas sociales que les fueron enseñadas a los varones en las prácticas instituyentes de su masculinidad no coinciden con la vida actual, y luego de la perplejidad inicial, se producen tres posibles respuestas desde los varones: impotencia vital, intento de deconstrucción y posición genérica equitativa.

En muchos varones se observa un desajuste al que he denominado "*impotencia vital*". Como manera de evitar el vacío definicional que implicaría alejarse de la posición viril hegemónica y conocida, los varones se atrincheran, con más ahínco, en un tradicionalismo vetusto frente a la división socio-sexual del trabajo y la organización familiar, continuando con un desempeño de rol conservador y reproduciendo, de modo compensatorio, los mandatos del ser hombre acuñados dentro de la hegemonía viril. Apelan entonces a la desvalorización y la denigración de todo aquello que evoque pasividad y femineidad, que es lo que hasta el momento se emplea a fin de poder ser confirmado como viril. Esto da lugar a mayor desigualdad y a una perpetuación del machismo, a la vez que trae aparejado otras dificultades, pues, por ejemplo, si un varón ya no puede seguir siendo dominante, que es "lo que se debe", se produce una herida narcisista que no siempre se puede tolerar, sobre todo si no hay soportes alternativos para la estima de sí. Victimizadas y resentidos, los varones se vuelven poco saludables para sí mismos y para otros: los indicadores de violencia de género y de femicidios empeoraron significativamente en los últimos tiempos, como si se tratase de una "llamada al orden" a las mujeres. Cuando las mujeres no cumplen con las expectativas genéricas, cuando engañan o abandonan, los varones viven estas situaciones como golpes directos a su sentimiento de masculinidad. La rabia que estas situaciones les genera, en ocasiones se manifiesta como violencia, que en momentos es mostrada abiertamente, para encauzarlas y ponerlas "*en el lugar que les corresponde*" o, en otros casos, con cuidado, porque ahora "*te meten denuncias por cualquier cosa*". Si ser varón es ser más (sobrevalorado, omnipotente y dominante) y diferente a la mujer (devaluada, frágil y subordinada), esto se convierte en casi imposible frente a mujeres cada vez más emponderadas, lo que los descoloca.

Hay otros varones que adoptan discursos políticamente correctos, se dicen varones deconstruidos, pero, en realidad, lo que hacen es intentar “aggiornar” los elementos estereotipados y tradicionales de los que es ‘ser hombre’ en su cotidianidad, lo que da lugar a contradicciones entre el discurso manifiesto y lo que se hace. Aquí se suman dos cuestiones: por un lado, los varones temen transgredir el modelo hegemónico de masculinidad, ya que la censura y la crítica de los pares es muy efectiva, lo que los lleva a reproducir las condiciones patriarcales que contribuyen a su statu quo preferencial, por más que no acuerden del todo con ellas. Por otra parte, como no cuentan con modelos o representaciones que supongan una noción de masculinidad diferente, también temen cambiar, pues consideran que el cambio les supondría tanto un riesgo subjetivo como un declive de sus privilegios, percibidos como indispensables.

Un tercer grupo de hombres, minoría por el momento, privilegian la equidad de género, y definen el ser varón en sus potencialidades y debilidades, lejos de las posiciones forjadas como exclusivas por la masculinidad tradicional. Sin embargo, ser no machista tiene un costo para estos varones: ser víctima de actitudes dominantes de otros varones (parientes, vecinos y educadores) y distancia de la fraternidad, que condena “su traición” dejándolos solos y llamándolos gobernados, al haber dado el salto cualitativo entre una masculinidad asignada e impuesta a una nueva masculinidad optada.

Considero que los hombres deben ocuparse de reconciliar las nuevas circunstancias sociales con sus ideas generales acerca de la hombría, y así, la transformación será facilitada flexiblemente por la propia actividad estratégica de los varones. Como es muy difícil que la realización de estas tareas se produzca y se sostenga sólo desde voluntarismos y cambios individuales, es necesario desarrollar estrategias grupales, sociales y de políticas públicas que ayuden a los varones a cambiar, permitiéndoles apoyarse en representaciones sociales distintas a las de la masculinidad hegemónica, que contribuyan a crear nuevos ideales, lejos del binarismo rígido que desestima otras posiciones. Sugiero, entonces, armar espacios de reflexión en los que los varones se interroguen por todo aquello que está naturalizado en sus actitudes y prácticas, tales como la violencia y los micromachismos con los que se manejan en sus vínculos con otros. Esto podría favorecer un posicionamiento subjetivo masculino más reflexivo e integrado, donde todo lo que fue entendido en la masculinidad como fijo y con fronteras inviolables, permita una tensión paradójica que no requiera solución, al modo winnicottiano, lo que podría verse traducido en prácticas novedosas, con formas vinculares construidas desde la ética del afecto y la empatía, y con salidas más saludables que las iatrogénicas propuestas por el modelo patriarcal.

Bibliografía

- AMORÓS, C. (2005). Dimensiones de poder en la teoría feminista. *Revista Internacional de Filosofía Política*, Núm. 25, 11-34. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- BONINO MÉNDEZ, L. (2004). Los micromachismos. *Revista La Cibeles*, N°2. Ayuntamiento de Madrid, noviembre de 2004.
- BOURDIEU, P. (1995). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- _____. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BURIN, M. (1987). Sobre la pulsión de dominio y el deseo de poder en las mujeres. En Burin, M. *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- BURIN, M. Y MELER, I. (2009). *Varones. Género y subjetividad masculina (2° ed. revisada)*. Buenos Aires: Librería de las Mujeres.
- CÓRDOBA, MG. (2006). Investigación actitudinal del varón frente a la salud sexual y reproductiva. En *Encuentro de jóvenes investigadores /6*. Santiago del Estero, Argentina.
- _____. (2008). El varón frente a la salud sexual y reproductiva. Prácticas y representaciones en la sociedad moderna. En Bazzano, B.; D'Andrea, M. y Arué, R. (comp) *Transformaciones, Prácticas Sociales e Identidad Cultural*. Tomo II. Tucumán: Departamento Publicaciones de Facultad de Filosofía y Letras UNT.
- _____. (2015). La construcción hegemónica masculina y sus efectos en el ejercicio de la sexualidad y los vínculos de pareja en varones tucumanos. *XI Jornadas de Sociología*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- DE KEIJZER, B. (1997). El varón como factor de riesgo, Masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En Tuñón, E. (coord.) *Género y salud en el sureste de México*. México: UJAT/ECOSUR.
- _____. (1998). La masculinidad como factor de riesgo. En Haro, A. y De Keijzer, B. (coord.) *Participación comunitaria en salud: evaluación de experiencias y tareas para el futuro*. México: El Colegio de Sonora.

- DONOSO, C. Y MATUS, C. (2000). Trayectorias y simultaneidades: una mirada desde la subjetividad de jóvenes clientes de prostitución a la construcción de identidad masculina. En Olavarría, J. y Parrini, R. (eds.). *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidad.
- FREUD, S. (1924). El problema económico del **masoquismo**. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FULLER, N. (1996). "Los estudios sobre masculinidad en Perú". En Ruiz-Bravo, P. (eds.) *Detrás de la puerta. Hombres y mujeres en el Perú de hoy*. Lima: PUCP.
- GIDDENS, A. (2004). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- GODENZI, A. (2000). *Male Violence: The Economic Costs. A Methodological Review*. European Council of Europe - Human Rights. Section Equality between women and men. Seminar: Men and Violence Against Women.
- GRAMSCI, A. (1975). *Cuadernos de la cárcel*, volumen I. Turín: Ed. Einaudi.
- JONÁSDÓTTIR, A. (1993). *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?* Madrid: Ediciones Cátedra.
- KIMMEL, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Valdés, T. y OLAVARRÍA, J. (ed.) *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago de Chile: ISIS Internacional, Ediciones de las Mujeres.
- _____. (2003). Adolescent Masculinity, Homophobia, and Violence. Random School Shootings, 1982-2001. *American Behavioral Scientist*, Vol 46, Issue 10, 2003, 1439-1458.
- LAGARDE, M. (1999). *Acerca del amor: las dependencias afectivas*. Valencia: Associació de Dones Joves.
- _____. (2000). *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Madrid: Horas y Horas.
- MELER, I. (2009). La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico. En Burin, M. y Meler, I. *Varones. Género y subjetividad masculina (2° ed. revisada)*. Buenos Aires: Librería de las Mujeres.

_____ (2010). Amor y poder entre los géneros. *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos*, Vol. 14, N°1: Procesos Vinculares y Poder, 187-203.

_____ (2013). *Recomenzar: amor y poder después del divorcio*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2017). Relaciones amorosas en el Occidente contemporáneo: encuentros y desencuentros entre los géneros. En Meler, I. (comp) *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

TAJER, D. (2004). Construyendo una agenda de género en las políticas públicas en salud. En RSMLAC. *Políticas Públicas, Mujer y Salud*. Colombia: Edic. Universidad Nacional del Cauca.

VALDÉS, T. Y OLAVARRÍA, J. (1997) (eds.). *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago de Chile: ISIS Internacional, Ediciones de las Mujeres.

VALDÉS, T. Y OLAVARRÍA, J. (1998). Los estudios sobre masculinidades en América Latina: cuestiones en torno de la agenda internacional. México: Oaxaca.

VIVEROS VIGOYA, M. (1998). *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Colombia: CES-Universidad Nacional-Fundación Ford.

_____ (2003). Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity. En Gutmann, M. (ed.). *Changing Men and Masculinities in Latin America*. New York: Duke University Press.